

tra los que les atacaban, fué la causa de que fueran nombrados príncipes y reyes; sin embargo, esto que debía servir de confusión á los grandes, sirveles para gloriarse en su grandeza, en su poderio, en su mando.—*Gloria in confusione ipsorum.*

Pero, ¿qué cosa más merecedora de confusión, de vergüenza y de oprobio que el pecado? Pues, ¡oh insensatez inconcebible de los hombres! hasta del mismo pecado suelen hacer alarde y gloriarse muchos hombres de nuestros días. ¡Cuán acertadamente dice el Apóstol en nuestra Epístola, que se glorian en lo que debiera llenarles de confusión!—*Gloria in confusione ipsorum.*

Por último, hay una tercera señal para distinguir los servidores del diablo de los hijos de Jesucristo. Estos miran al cielo, aquellos á la tierra. La tierra es como el centro de los amadores de este siglo.—*Terrena sapiunt.*

¡Qué lástima! Se afanan día y noche por edificar para su morada una casa ámplia, cómoda, alegre y vistosa; mas ¿para dónde?—*Para la tierra.*

Empéñanse en adquirir grandes posesiones, grandes riquezas, magníficos trenes y servidumbre... ¿Para dónde?—*Para la tierra.*

¿Dónde quieren ejercer su imperio?—*En la tierra.* ¿Dónde quieren inmortalizar su nombre?—*En la tierra.* ¡Ah! ¡Todo para la tierra, y nada para el cielo!—*Terrena sapiunt.* ¡Vuélvense locos por las cosas perecederas de este mundo, y se olvidan del otro! Todos sus deseos, todos sus afanes, todos sus proyectos se limitan á las cosas terrenas.—*Terrena sapiunt.*

Tales son, carísimos hermanos, las señales que nos da el Apóstol para conocer cuáles son los hombres terrenos, enemigos de la cruz, y por consiguiente, enemigos de Jesucristo. Hay muchos de estos hombres, y San Pablo llora al contemplarlos, porque comprende que *su fin es la perdición.* (*Quorum finis interitus*); y deseando que nosotros no caigamos en semejante desdicha y huyamos de su trato, nos los ofrece con sus caracteres propios, diciendo: «*Su Dios es el vientre; su gloria es para confusión de ellos; y gustan solo de lo terreno.*»

Ahora, cristianos míos, cada cual recoja su espíritu, mire cómo piensa, examine lo que desea, considere cómo obra, y resuelva en la divina presencia caminar siempre como hijo verdadero de Dios, como miembro de Jesucristo, como imitador de sus divinas perfecciones y como heredero de la patria celestial. Si esto hacemos, tengamos por seguro que después de esta vida de miserias hemos de ser coronados de eterna gloria en la otra. Amén.

HOMILIA 2.^a

Para el domingo XXIII después de Pentecostés.

De los cristianos buenos.

MADOS hermanos míos: En la Epístola de la presente Dominica nos ofrece la Iglesia nuestra Madre dos tipos de hombres enteramente opuestos; como si dijéramos, los hijos de Dios y los hijos del diablo; los imitadores de Cristo y los imitadores de Lucifer; los que viven del espíritu y los que viven de la materia; los que mortifican sus pasiones según el Evangelio, y los que las dejan desbordadas á gusto de Satanás. Bueno será que oigáis, ante todo, las palabras de San Pablo. Dice así en nuestra Epístola:

«*Hermanos: Sed imitadores míos y proponeos por dechado á los que andan según el modelo que habéis visto en mí; porque hay muchos (de quienes antes os decía y ahora repito llorando) que son enemigos de la cruz de Cristo, cuyo fin será la perdición; cuyo Dios es el vientre, y su gloria es para confusión de ellos, que gustan sólo de lo terreno. Mas nuestra morada está en los cielos, de donde también esperamos á Jesucristo Señor y Salvador nuestro, que reformará á nuestro cuerpo abatido, haciéndole semejante á su cuerpo glorioso, con su virtud eficaz, que puede sujetar á sí todas las cosas. Por tanto, hermanos míos carísimos y muy amados, que sois mi gozo y mi corona, continuad firmes en el Señor. Ruego á Evodia y suplico á Syntyque, que sientan lo mismo en el Señor; y también te ruego á ti, fiel compañero, que les ayudes, pues trabajaron conmigo por el Evangelio con Clemente, y con los otros que me ayudaron, cuyos nombres están en el libro de la vida.*» (Philip., III, 17 al 21, y IV, 1 al 3.)

Hasta aquí, amados míos, las palabras dulcísimas de San Pablo, de las cuales, pasando casi en silencio la conducta de los hombres mundanos enemigos de la cruz, intento yo declararos hoy dos cosas:

- 1.^a Cuáles son los caracteres de los soldados de Cristo.
- 2.^a Cuáles son los motivos que les impulsan á combatir.

PUNTO 1.º

CARACTERES DEL SOLDADO DE CRISTO

El glorioso San Juan Crisóstomo, que leía asiduamente los escritos de San Pablo y desenvolvía sus admirables enseñanzas, dice que el grande Apóstol recorría el mundo entero deseando hacer á todos los hombres fieles adoradores de Cristo, ora con sus cartas, ora con su presencia, ora con sus discursos, ora con sus actos (1). En la Epístola de hoy antes mencionada, comienza diciendo á los Filipenses: «*Hermanos: Sed imitadores míos y proponeos por dechado á los que andan según el modelo que habéis visto en mí.*» (*Imitatores mei estote.*) Que es como si les dijera: «Procurad, hermanos, combatir á los enemigos de Jesucristo para atraerlos á su amor, de igual manera que me veis hacer, y después, cuando una muerte gloriosa me haya arrebatado de este mundo, *proponeos, por ejemplo á los que vedis que se conducen como habéis visto en mí; porque hay muchos que son enemigos de la cruz de Cristo, cuyo fin es la perdición; y los conoceréis en que su Dios es el vientre, su gloria es para confusión de ellos y gustan sólo de lo terreno.*

Penetremos bien, amados míos, estas últimas palabras. Dice que el fin de los enemigos de la cruz de Cristo *será su perdición*. Lo cual significa que para ellos perecerá todo, no sólo en el orden de la naturaleza y en el de la gracia, sino que perecerán ellos mismos. (*Quorum finis interitus.*)

En el orden de la naturaleza, perecerán *los placeres* para el voluptuoso que aborrecía la mortificación de la cruz; perecerán *los honores* para el orgulloso que huía de la humillación de la cruz; perecerán *las haciendas* para los ricos avarientos á quienes causaba horror la pobreza de la cruz.

En el orden de la gracia, la cruz no será para ellos instrumento de salvación, sino instrumento de condenación; no será fuente de consuelos y bendiciones, sino señal de maldición y de ignominia. En la otra vida no encontrarán tronos, ni cetros, ni coronas, ni dignidades, ni placeres, ni haciendas; allí todo bien habrá perecido para ellos. En suma, *perecerán ellos mismos*, puesto que el Espíritu Santo por boca de San Pablo, dijo en nuestra Epístola: «*El fin de*

(1) Universum mundum currebat; omnes in regnum Dei festinabat inducere... etc. (S. Crisóst., Homil. IV, de Laudibus S. Pauli.)

los enemigos de la cruz de Cristo será perecer.»—(*Quorum finis interitus.*)

¿Y por qué—se dirá—sufrirán tan suprema y eterna desventura?—El mismo Apóstol lo declara á continuación: «*Porque su Dios es el vientre; la confusión su gloria, y su placer todo lo terreno.*»—*Terrrena sapiunt.*

Pues bien: si este es el carácter propio de los amadores del mundo enemigos de la cruz de Cristo, claro es que los buenos cristianos, que se glorian en la cruz del divino Salvador, han de pensar y querer y obrar todo lo contrario; han de ser, por consiguiente, imitadores de San Pablo, así como San Pablo lo fué de Cristo Jesús. (*Imitatores mei estote.*)

San Pablo, lejos de tener por Dios al vientre, padeció gustoso hambre, sed y todo género de padecimientos por amor al Evangelio y al bien de sus semejantes, haciéndose todo para todos, para ganar á todos; se gloriaba únicamente en la cruz de Jesucristo, y en vivir la vida de Cristo, como él mismo declaró á los Filipenses, diciéndoles: «*Mi vivir es Cristo.*—*Mihi vivere Christus est.* De igual manera los cristianos, cuya vida debe ser la imitación de la vida de Jesucristo, y *caminar en pos de El, siguiendo el mismo camino que El siguió* (1), hemos de gloriarnos en la cruz y valernos de ella como de instrumento para cultivar nuestro espíritu, nuestro corazón, nuestro cuerpo y conquistarnos así el reino de los cielos.

Los cristianos sabemos bien que hemos recibido de Dios un cuerpo material, no para darle cuanto él apetezca, sino tan sólo cuanto sea razonable para su honesta y debida sustentación; no para que se ensoberbezca y trate de esclavizar al alma arrastrándola á más de lo que exige la templanza, sino para que esté sumiso á la misma alma y la sirva de instrumento en los fines razonables de la vida. Por esta razón, todos los buenos cristianos someten sus necesidades á una austera y exacta disciplina; todos crucifican su carne moderando las desordenadas concupiscencias; todos llevan en su cuerpo la mortificación de Jesucristo; todos comen para vivir y ninguno vive para comer. Es más; todos tienen puestos sus ojos en la vida celestial, en la luz evangélica y en los designios amorosos de la divina Providencia; todos se resignan á las pruebas, á las aficciones y cruces que Dios les envía, muchos las desean, algunos están llenos de gozo en medio de las mayores tribulaciones, hasta el extremo de exclamar: «*Señor, padecer ó morir—Señor, padecer y*

(1) Qui dicit se in ipso (in Christo) manere, debet, sicut ille ambulavit, et ipse ambulare. (I Joann., II, 6.)

no morir para padecer más.—Señor, sólo deseo padecer y ser despreciado por Vos.»

Más todavía. A los buenos cristianos nada les ensoberbece en el interior, nada les deslumbra en lo exterior, ni el brillo del oro, ni los deleites de la vida, ni las consideraciones sociales, ni los honores mundanos, ni lo extenso de sus dominios, ni la majestad del trono, ni la dignidad de la púrpura; pues todo esto, levantando los ojos al cielo, pareceles heno que se seca, sombra que huye, nube que se disipa, pluma que el viento lleva. Dentro de sí mismos todo les humilla; el barro de que fueron formados sus cuerpos, la podredumbre en que han de convertirse, la involuntaria rebeldía de sus pasiones, las tinieblas de su entendimiento, la inconstancia de su voluntad, las alarmas de su conciencia, la certeza de sus pecados, la incertidumbre de su salvación... ¡Dios mío, Dios mío! dicen, sólo á Vos honor y gloria, y sea para mí la confusión y el oprobio. ¿No es verdad, amados míos, que esto acontece?

Y si, por ventura, el cristiano alguna vez se gloria, hácelo como San Pablo, diciendo con él estas ó semejantes expresiones: «*Lejos de mi gloriarme en otra cosa que en la cruz de mi Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado á mí y yo al mundo.*»—Nosotros nos gloriamos, no como los mundanos en los bienes de este siglo, sino en la esperanza de la gloria de los hijos de Dios y en las tribulaciones, que son el germen de esta gloria.—*Gloriamur in tribulationibus* (Rom., VIII.)

Así, de esta manera, es como sienten y piensan y obran los cristianos buenos, y por eso el grande Apóstol nos exhorta á todos en la Epístola de este día diciéndonos: «*Hermanos: nuestra morada está en los cielos, de donde también esperamos á Jesucristo nuestro Señor y Salvador, que reformará á nuestro cuerpo abatido, haciéndole semejante á su cuerpo glorioso, con su virtud eficaz, que puede sujetar á sí todas las cosas.*» Es decir, que si á los mundanos les espera la perdición, á nosotros, siendo buenos y perseverando en serlo, nos está reservada la eterna glorificación.

Mas dejando ya esto, que de suyo es sabidísimo, vengamos á mi segundo punto, á saber:

PUNTO 2.º

LOS MOTIVOS QUE NOS IMPELEN Á COMBATIR POR CRISTO

El primero de todos los motivos es considerar ¡cuántas son las personas desgraciadas que viven en este mundo como engolfadas y

completamente embebidas en los deleites de los sentidos corporales, en las vanidades del siglo y en los cuidados de una vida totalmente material y terrena (*Terrena sapiunt*), sin acordarse que todo esto desaparece como el humo, y que su fin ha de ser la perdición! (*Finis interitus.*)

Por el contrario, ¿quién no se anima á combatir las pasiones y á imitar á Jesucristo mortificándose por su amor, sabiendo, por la Epístola de este día, que *nuestro divino Salvador reformará nuestro cuerpo abatido, haciéndose semejante al suyo glorioso?* El premio alienta al trabajo; y ¿qué premio mayor que ser coronado eternamente de gloria en el cielo?

«¡Cómo!—exclama San Juan Crisóstomo comentando las palabras dichas.—¡Con que este cuerpo mortal, este cuerpo pasible de que estoy revestido, será semejante al de Jesucristo, á aquel cuerpo glorioso que está sentado á la diestra de Dios Padre! ¡Será semejante á aquel cuerpo que es adorado por los ángeles, á aquel cuerpo ante el cual las virtudes celestiales se glorian de estar siempre presentes, á aquel cuerpo que está elevado sobre los principados y potestades!»

Tal es, amados míos, el glorioso destino de los que ahora en este mundo combaten bajo las banderas de Jesucristo. Es verdad que tienen que sufrir y violentarse en esta vida; es verdad que tienen que moderar con la mortificación los deseos de la concupiscencia, con el ejercicio de la humildad el apetito de honores, y con la limitación de las haciendas los desórdenes de la codicia; es verdad que tienen que practicar todas las virtudes contrarias á estos vicios... pero también lo es que el divino Capitán, Jesucristo, marcha delante de ellos y los anima, y los sostiene, y los consuela, prometiéndoles la victoria, la corona y la gloria. ¿Quién no se anima, carísimos hermanos?

Por tanto, pues, os digo con el Apóstol en nuestra Epístola: «*Continuad, carísimos y amadísimos hermanos míos, que sois mi gozo y mi corona, continuad firmemente unidos al Señor*»; continuad por el camino del bien; sois mis hermanos «*deseadísimos*» y yo no tengo otros deseos, ni otro anhelo que veros estar y permanecer en la gracia y en la gloria de Jesucristo; continuad, porque *sois mi gozo y mi corona* (*Gaudium meum et corona mea*), y cuando todos nos presentemos ante el divino Juez de vivos y muertos, vosotros recibiréis gloria y yo regocijo grande.

Allí—dice San Gregorio el Magno—se verá á San Pedro á la cabeza de toda la Judea, que él convirtió; allí comparecerá San Pa-

blo, con el número sinnúmero de almas que él ganó para el Evangelio; allí San Andrés presentará ante el Soberano Juez la Acaya; San Juan el Asia; Santo Tomás las Indias; allí comparecerán todos los pastores del rebaño de Jesucristo con sus respectivas ovejas, y allí también me presentaré yo, seguido de todos vosotros, y confiado en la misericordia divina, diré al justo Juez: «Señor, ved aquí los fieles que me habéis confiado; ni uno solo se ha perdido (1). Estos son mi gozo y mi corona.» (2).

Pero, amados míos, ¿cómo podré yo tener gozo si alguno de vosotros se pierde? ¿Qué mayor pena para un pastor que ver alguna de sus ovejas descarriada ó devorada por el lobo? Por lo mismo, yo os ruego encarecidamente, con el Apóstol, «que permanezcáis siempre firmes en el Señor». (*Sic state in Domino.*) Resistid fuertemente al ejemplo de los malos, y á sus instancias y caricias (3); no olvidéis que son agentes de Satanás y que vosotros sois hijos de Dios muy amados.

Ellos, por su desgracia, son enemigos de la cruz de Cristo, y su fin será la perdición: nosotros, llevando siempre mortificadas nuestras pasiones y gloriándonos en la cruz de nuestro divino Salvador, seremos reformados en cuerpos gloriosos y nuestra morada será en los cielos.

Ellos tienen por Dios el vientre y gustan sólo de lo terreno; nosotros, por el contrario, usando de lo terreno sólo lo estrictamente necesario ó proporcionado para la vida, formaremos nuestras delicias en pensar y saborear las cosas celestiales y divinas.

Ea, pues, cristianos *Sursum corda!* Somos amigos de Dios, hijos de Dios, ciudadanos del cielo; ¿por qué nos hemos de abatir hasta el extremo de vivir como los topos adheridos á la tierra? *Sursum corda!* Elevemos los corazones á lo alto, miremos á las mansiones de la gloria; ellas constituyen nuestra patria y nuestra bienaventuranza eterna *Sursum corda!* El Señor, por su misericordia, se digne preservarnos ahora de la corrupción del siglo, y después por su infinita bondad, poner en nuestras frentes la corona inmortal de la gloria. Amén.

(1) Quos dedisti mihi custodivi, et nemo ex iis periit. (Joann., xvii.)

(2) Gaudium meum et corona mea.

(3) Si te lactaverint peccatores, ne acquiescas eis. (Prov., I)

HOMILÍA 1.^a

Para el Domingo XXIV después de Pentecostés.

Sobre el objeto de nuestras peticiones á Dios.

HERMANOS míos en el Señor: La Iglesia nuestra Madre, después de habernos indicado en el Domingo anterior cuáles son los hombres enemigos de la cruz de Cristo y cuáles los que se glorian en ella, ó lo que es lo mismo, cuáles son los buenos y los malos cristianos, termina hoy el año eclesiástico, enseñándonos, por la mediación de San Pablo, cuál debe ser la ocupación continua de los verdaderos fieles de Cristo. Endulcemos nuestros oídos oyendo las mismas palabras del Apóstol. Dice así:

«*Hermanos: No cesamos de rogar á Dios por vosotros y de pedirle que os llene del conocimiento de su voluntad, dándoos toda sabiduría é inteligencia espiritual, á fin de que andéis de una manera digna de Dios, agradándole en todas las cosas, fructificando en toda buena obra, y creciendo en la ciencia de Dios; y también le ruego que seáis revestidos de toda fortaleza, por el poder de su gloria; para qué en todos los acontecimientos tengáis paciencia y longanimidad acompañadas de regocijo, dando gracias á Dios Padre, porque iluminándonos con su luz, nos ha hecho dignos de participar de la herencia de los santos, y nos libró de la potestad de las tinieblas, y nos trasladó al reino de su Hijo muy amado, en el cual por su sangre hemos sido redimidos y recibido la remisión de nuestros pecados.*» (Coloss., I, 9 al 14.)

Dos ideas, amados míos, sobresalen en esta Epístola: una, cuál haya de ser el objeto principal de nuestras peticiones á Dios; otra la de acción de gracias en que todos hemos de ejercitarnos durante esta vida terrena. Y como quiera que el asunto es grave, la materia larga y el tiempo corto, forzoso es que concretándonos hoy á lo primero, os explique con brevedad las dos principales peticiones que indica el Apóstol. A saber:

- 1.^a El conocimiento de la voluntad divina.
- 2.^a El cumplimiento de esta divina voluntad.